

LA VOZ DE LOS HOMBRES, SU DINAMICA

La voz de Dios en la Tradición y el Magisterio nos trae las palabras de vida eterna, luminosas e inefables. Y, sin embargo, esas palabras, aun en la boca de Cristo, son palabras forjadas por hombres a partir de la experiencia de hombres. Expresan virtualmente, pero no perfectamente, el misterio de Dios y el designio de Dios sobre el hombre. Así toda luz y todo calor nos viene del sol, pero ¡cuán atenuados en atravesar de los espacios infinitos que les ha sido preciso atravesar para descender hasta la tierra de los hombres!

Gracias a esta Palabra, anunciada por la Iglesia, recibida y vivida en la Iglesia, entramos en comunión con el Padre y con su hijo Jesucristo por el Espíritu Santo.

La voz del hombre participa de la grandeza y de la miseria del hombre.

Está fabricada por órganos corporales, pero es radicalmente transfigurada por el Espíritu. Del grito del animal a la voz del hombre, ¡qué abismo y qué misterio!

Se podría, se debería cantar un himno a la gloria de la palabra del hombre por medio de la cual afirma tan asombrosamente su trascendencia y realiza tan universalmente la comunidad.

Saben ustedes que la invención del lenguaje es uno de los problemas que han preocupado más a los antropólogos y a los filósofos. ¿Cómo floreció "sobre el tallo de una interminable evolución", para emplear una expresión del Padre Teilhard de Chardin, la primera palabra humana inteligente y sensible? ¿Cuándo llegó a ser el grito del instinto una palabra de amor? No sabemos absolutamente nada del acontecimiento por el que comenzó el curso de la historia. Igualmente tampoco sabemos cómo y cuándo inventó el hombre, que hablaba a sus vecinos, los símbolos abstractos de la escritura para comunicarse con los que estaban lejos.

Nos es preciso sin demora plantear una cuestión: ¿por qué habla el hombre? Para comunicarse activamente con los demás; para decir a los demás lo que sabe, siente, piensa y quiere. Por los demás sentidos entramos en comunicación con el mundo que nos rodea, vemos lo que pasa, oímos lo que se dice: sufrimos, por decirlo así, al universo. Pero, por medio de la palabra, establecemos nosotros mismos el contacto, influenciamos activamente las relaciones entre los miembros de un grupo, modificamos de una cierta manera ese grupo. Toda palabra es creadora. En su significación primitiva, la palabra no es solamente condición de vida social, como la vista y el oído; es causa, expresión misma de esa vida. Esta, en efecto, es, ante todo, diálogo.

Así, pues, las palabras —habladas o escritas— son los medios más explícitos, más eficaces, de la comunicación. Expresando cómo concibe y ordena el hombre sus relaciones con los demás, están en el corazón mismo de la vida social para construirla o demolerla.

Cuando nos interrogamos sobre la función de la palabra y, por tanto, también de la prensa, debemos siempre volver a esta finalidad primaria del lenguaje: dialogar con el otro en la verdad para el servicio, a fin de que exista la comunidad. Tal es el dinamismo de la voz y de la palabra.

Este dinamismo es inseparable de la libertad, porque el hombre, a través de sus palabras, quiere decir a los demás lo que sabe, siente, piensa y quiere, o sea

lo que él es. Una constricción que obligara al hombre a decir lo que no es equivaldría de hecho no solamente a negar al hombre, sino también a agotar o, por lo menos, a envenenar la fuente de donde brota la comunidad.

Las dimensiones del grupo y los perfeccionamientos de las técnicas no deberían conducir al hombre a traicionar la primitiva finalidad de la que acabamos de hablar. En efecto, también la sociedad adquiere una vida propia que tiene tendencia a expresar por un diálogo permanente, universal y libre. Este diálogo es una condición del equilibrio y de la dilatación del cuerpo social y de los miembros que lo componen. Este diálogo deberá ser vertical, entre la autoridad y los súbditos; horizontal, entre los diferentes grupos de una misma nación y las diferentes naciones. Este diálogo, en fin, abraza formas diversas, según las dimensiones y la evolución político-cultural del grupo; encuentra en una civilización todos los medios técnicos más adaptados para expresarse públicamente.

En la ciudad antigua de Grecia era el teatro; en nuestra sociedad industrial urbana y cosmopolita serán los *mass media*.

Y no es una pretensión de nuestra parte afirmar que actualmente la prensa sigue siendo un medio privilegiado por el cual se realiza el diálogo vital en el interior de una sociedad, por el que los hombres se hablan mejor unos a otros. Especialistas alemanes de los medios de comunicación social hasta definen la prensa: el diálogo existencial y situado de la sociedad.

Ahora bien, entre los elementos que constituyen la vida del grupo y que, manifestando esta vida, la refuerzan, encontramos en buen lugar la opinión pública, que constituye precisamente nuestro tema.

No me detendré ni en definir ni en analizar la opinión pública. Esto se hará en conferencias posteriores. Diré sencillamente, dentro de la línea de mi asunto, que ella es como la voz por la cual la mayoría, al menos una delegación importante del grupo, dice colectivamente lo que siente, piensa y quiere. La opinión pública traduce y refuerza la cohesión social. Es el fondo común que expresa y donde se alimenta el diálogo social. Tiene su dinamismo.

En efecto, la opinión pública, por naturaleza, tiende a llegar a ser lo más pública posible; se propaga por su dinamismo interno, sea por integración (no se quiere estar al margen de lo que piensa o quiere el grupo), sea por aseguración (se encuentra una seguridad suplementaria en las certidumbres del mayor número). En nuestra civilización de masas, este dinamismo actúa de un manera más universal y más constante; y por ello mismo se propagan los mismos juicios de valor, es decir, una concepción, una filosofía de la vida, y se toman los mismos comportamientos prácticos.

Ahora bien, este dinamismo hace que la opinión pública represente a menudo una amenaza para la libertad de opinión y de expresión de los individuos y, en particular, de los que no se alinean bajo su bandera, de los que no adoptan los juicios y los comportamientos de la mayoría o del poder. La opinión pública es por tendencia totalitaria y vejatoria, sobre todo en los grupos primarios, donde no se acepta el pluralismo, sino que se tiende al conformismo. El problema de la libertad de la opinión pública es extrema-

damente complejo; hay que distinguir cuidadosamente los objetos a propósito de los cuales se constituye esta opinión y la manera como se forma y se expresa la opinión.

LOS OBJETOS: Mi libertad es muy diferente, por ejemplo, en el problema de la política del general De Gaulle, respecto de la OTAN, que en el del empleo de la píldora para la regulación de la natalidad, en el del celibato de los sacerdotes o en el del recurso al psicoanálisis en el Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección.

LA MANERA: Yo debo permanecer psicológicamente libre en la formación de mi opinión, en la aceptación o en el rechazo de una opinión pública. Todas las potencias, ya sean económicas, culturales, políticas o religiosas, deben respetar esta autonomía de la conciencia que de hecho expresa el derecho de la persona a no sufrir ninguna sujeción exterior en su búsqueda de la verdad. La expresión de esas opiniones puede, sin embargo, ser controlada y limitada por la autoridad calificada en la medida en que la expresión amenazara el interés público, a condición de que se comprenda esta expresión en el sentido que le da el Decreto Conciliar sobre la libertad religiosa.

Estos principios se aplican también a la Iglesia. La opinión pública es absolutamente necesaria a la Iglesia como a toda sociedad. No recordaré aquí la enseñanza tan formal y tan conocida de Pío XII. Pero hay que distinguir cuidadosamente los dominios en que la opinión pública puede ejercerse, porque no todas las materias se dejan a la libre discusión de los hombres.

La constitución jerárquica de la Iglesia pertenece al dominio de la fe, pero la manera como los obispos son designados en nuestros días puede llegar a ser materia de opinión pública y ya ha llegado a serlo.

El dominio en que se desplegará particularmente la opinión pública es el que trata de una mejor inserción de la Iglesia en la historia; por ejemplo, escoger un lenguaje y gestos que comprendan los hombres marcados por una civilización; diagnosticar sus verdaderas necesidades y responder a ellas de una manera existencial; adaptar las costumbres del gobierno a la corriente democrática de una época, etc. Hay aquí un juicio de oportunidad y de eficacia que es del dominio de la prudencia pastoral y no de la fidelidad al depósito de la fe; se trata, pues, de una apreciación personal que puede variar según las personas, los medios y las circunstancias.

Hay que recordar, sin embargo, que para la Iglesia, como para la ciudad temporal, deben hacerse elecciones positivas y la autoridad intervendrá con justo título para orientar, dentro del respeto de las libertades individuales, hacia un objetivo común en vista del bien común. Un Estado no atenta contra la libertad cuando decide que en el país la circulación automovilística se hará a la derecha y no a la izquierda.

La opinión pública está en retroceso en la Iglesia:

- 1º Cuando, bajo influencias más sociológicas que doctrinales, se bloquee la esencia de la Iglesia con formas accesorias; por ejemplo, identificar el ejercicio de la autoridad jerárquica con la política del secreto sistemático en materia de información.
- 2º Cuando el pueblo cristiano no se siente ya responsable del destino de la Iglesia porque no se le haya informado ni asociado a las decisiones y a las ejecuciones.

Puede, por el contrario, producirse, en ciertas cir-

cunstancias históricas, como una explosión de la opinión pública en el interior de la Iglesia. Aparecerá entonces inquieta, inestable, audaz, crítica; pero también estará a menudo profundamente inspirada por un verdadero amor de la Iglesia y por la conciencia de la responsabilidad personal que se tiene en relación con la construcción de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Este fenómeno —y lo vivimos actualmente— sobreviene, sobre todo, en una época de mutación, de búsqueda y adaptación; es el signo de una vitalidad, de un fluir que no hay que secar, sino canalizar. Una cierta espontaneidad en la crítica y un cierto movimiento pueden ser más útiles a la Iglesia que el servilismo y el estancamiento.

Dentro del dominio temporal, la libertad del cristiano es todavía más grande. El Concilio mismo ha afirmado que la Iglesia no tiene soluciones ya listas sobre todos los problemas que se presentan al hombre en el campo social, político, cultural, familiar y aun religioso. Es al hombre mismo a quien le toca buscar teniendo en cuenta las situaciones particulares y dentro de la fidelidad a la enseñanza y a las orientaciones de la Iglesia. Cristianos obedientes y generosos pueden, pues, diferir sobre los objetivos; pero con mayor frecuencia será sobre los métodos de acción: por ejemplo, cuando se trata de una reforma agraria en un país, de una acción sindical, de una promoción cultural de las masas, de una forma más adaptada de organización política, etc., etc.

Pero no quiero extenderme más sobre estos problemas que en varias ocasiones han sido ya estudiados en los diferentes congresos internacionales de la prensa católica. Ruego a ustedes remitirse más especialmente a ciertas conferencias del VII Congreso mundial del año pasado en Nueva York, que estudió las relaciones de la libertad y de la verdad en el interior de la prensa católica.

Situándome en la época post-conciliar, que es la nuestra, querría más bien decir: 1º) Por qué la prensa católica debe hablar al mundo o, más bien, mantener el diálogo con el mundo; 2º) Sobre qué y con quién puede dialogar esta prensa; 3º) Cómo debe dialogar.

Consideraré estos diversos aspectos del diálogo en función de la opinión pública. Así, volveré frecuentemente sobre el dinamismo y la libertad de la voz del hombre, pero en una perspectiva existencial.

I.—¿POR QUE DIALOGAR?

Una sociedad se enriquece en la medida en que se intensifican los intercambios de los productos de la tierra y de la industria. Una sociedad se transforma también cuando aparecen nuevos medios de comunicación y se transforma tanto más radicalmente cuando esos medios son más revolucionarios por la rapidez, la economía y el volumen de las cosas que transportan.

Porque domesticó el vapor y porque colocó vías férreas, el siglo XIX fue el del industrialismo. Se producían bienes materiales en un volumen y facilidad hasta entonces nunca alcanzados en la historia de la humanidad; eran introducidos dentro del circuito comercial con una rapidez inusitada. Pero al mismo tiempo tenemos que deplorar dos cosas: 1º) la inhumanidad en la producción: trabajo de los mineros y de las mujeres, horarios prolongados, ausencia de higiene, de seguridad y de descanso y, sobre todo, ausencia de consideración y de respeto. El hombre es un utensilio; su trabajo es una mercancía; 2º) la injusticia en la

LA VOZ DE LOS HOMBRES, SU DINAMICA

distribución: el obrero cobra un salario tan bajo que apenas puede subvenir a sus necesidades más elementales. El capital es favorecido en detrimento del trabajo y, por tanto, el rico, en detrimento del pobre.

Ahora bien, ¿qué sucede al mismo tiempo sobre el plano religioso? Un Papa nos lo dice. La Iglesia —en muchos países— pierde a la clase obrera.

Y la Iglesia la pierde porque no está presente, ni moral ni geográficamente, ahí donde se juega el destino económico, social y cultural de la sociedad, es decir, el destino de los hombres del siglo XIX. Porque en ese siglo XIX, caracterizado por la producción industrial y la redistribución de los bienes materiales, la Iglesia no está presente y actuante para recordar las exigencias de la justicia y de la fraternidad, las condiciones de la dignidad y de la libertad, en una palabra, no está presente para defender al hombre precisamente ahí donde se jugaba el destino de millones de hombres.

La Iglesia en conjunto, fuera de algunos profetas aislados —y coloco entre esos profetas a León XIII—, no sabe realmente lo que los hombres de esa generación reclaman. Oye los gritos de rebelión de todo un pueblo al que exaltan los llamados de la libertad, del progreso, de la ciencia, de la justicia. No capta, en medio de esas multitudes, todo lo que, en esos gritos, es el eco, sin duda deformado, pero de cualquier modo el eco, de la naturaleza humana, y sobre todo del Mensaje de las Bienaventuranzas evangélicas. A grosso modo, podemos decir que la Iglesia, preocupado por defender ciertas verdades esenciales y también por mantener valores y estructuras que habían probado su valor en el pasado, no propone ni una doctrina ni una acción adaptadas a las interrogaciones y a las aspiraciones concretas del hombre; no sabe cómo situarse en ese mundo que evoluciona. No era un verdadero diálogo y la prensa católica en conjunto adoptaba la misma actitud de desconfianza o de silencio, si no es que de reprobación.

Ahora bien: hemos llegado a una nueva época en que es necesario ser lúcidos y valientes, porque lo que está en juego es todavía más elevado que en el pasado y, por tanto, nuestra dimisión sería todavía más culpable y el fracaso —si hubiera fracaso— terminaría en catástrofe. En efecto, ya no se trata solamente de bienes materiales, o sea, directamente de los cuerpos, sino que se trata de los bienes culturales, o sea, directamente del espíritu y del alma.

Lo que podría, en efecto, caracterizar de cierta manera nuestro siglo XX es la producción industrial, la distribución comercial y el consumo masivo de los bienes culturales en general y de la información en particular. Ahora bien, todos esos bienes conciernen al espíritu del hombre. Se conserva, se transmite, se vende actualmente el sonido, el movimiento, la imagen, y no solamente la escritura.

Es verdaderamente, insisto en ello, la producción industrial, la distribución y el consumo masivo de esos bienes del espíritu, informaciones y conocimientos, verdad y belleza, lo que caracteriza nuestro tiempo.

Para nosotros se plantea una cuestión: ¿dónde está la Iglesia? ¿Qué hace la Iglesia? O más bien: ¿dónde están los periodistas católicos? ¿Qué hace la prensa católica?

¿Va a renovarse la paradójica aventura del siglo XIX, de la que todavía llevamos el peso y la llaga? La experiencia del pasado debería hacernos clarividentes. Debería estimularnos a la acción.

El desorden en la producción y la redistribución de los bienes materiales han tenido las repercusiones morales y religiosas que ustedes conocen. ¿A qué otros peligros está todavía expuesto el hombre si a nuestra generación no se le ofrecieran mas que bienes culturales que le anemian o la extravían, la degradan o la depraban? ¿Si a los países en vía de desarrollo no se les diera la ayuda material y las orientaciones que necesitan para proceder a una evolución acelerada, pero armoniosa y global?

Es en este nivel donde se sitúan nuestra solidaridad humana y nuestra responsabilidad apostólica. Porque tenemos una oportunidad casi desmesurada, gracias a la prensa, de entrar en diálogo con los hombres nuestros hermanos para ofrecerles más verdad y belleza, más justicia y dignidad. Una oportunidad casi desmesurada de proporcionarles algo del mensaje y del gozo de Jesucristo.

Dije más arriba que la Iglesia había perdido a la clase obrera porque no estaba presente ni moral ni geográficamente ahí donde se jugaba el destino de esa clase. Porque no dialogaba. Creo que ello vale para otros grupos sociales, para otros tiempos y otros continentes. Por ejemplo, en el momento en que se ponen en movimiento esas inmensas masas campesinas de América Latina para afluir hacia las ciudades y pasar a la industria.

¿Qué buscan? Un poco de pan, un pan menos amargo, una razón de vivir y más dignidad. ¿Y quién podría discutirles ese derecho?

Me ha parecido siempre que una de las grandes debilidades de la Iglesia de Francia y quizá de otras partes, en el siglo XIX, había sido el no haber tomado deliberada y ostensiblemente el partido del hombre, de su liberación y promoción. Creyó y obró demasiado largo tiempo como si la reivindicación de los derechos del hombre fuera necesariamente una rebelión contra Dios y un desorden dentro de la sociedad. Las grandes masas tradicionalmente católicas dejan ahora a la Iglesia porque se les ha hecho creer que la Iglesia traiciona al hombre: la Iglesia humillaría al hombre en su razón, lo oprimiría en su libertad, lo cerraría al progreso, lo sacrificaría a los poderosos, en una palabra, le negaría sus derechos.

El hombre, su autonomía, su dignidad, sus derechos, están verdaderamente en el centro de todo el pensamiento y todas las empresas del mundo moderno.

II.—SOBRE QUE Y CON QUIEN DIALOGAR

Ahora bien: ¿qué hace la Iglesia del Concilio? Toma hoy con resonancia, digamos más bien con un amor celoso el partido del hombre. El amor que Ella siente no le impide, sin embargo, ver las deficiencias y los peligros.

La Iglesia recupera todos esos valores cristianos laicizados de los derechos, de la dignidad, de la igualdad, de la libertad del hombre. Los consolida y aun los salva, contra todos los que, habiendo querido malar a Dios, en realidad no han llegado más que a degradar al hombre o a desesperar de él.

Además, la Iglesia claramente tiene conciencia de que vive en una época histórica de revolución global. Quiere —es *Gaudium et Spes* quien nos lo dice— “conocer y comprender al mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y su carácter a veces dramático”. Ya no quiere estar al remolque y reparar los daños. Quiere marchar al ritmo del hombre y construir con él. Así está trazada la línea de acción del

periodista y de la prensa católica: saben que deben hablar al mundo de los problemas que preocupan real y actualmente al mundo.

La constitución pastoral *Gaudium et Spes* debe convertirse en el documento conciliar al cual se referirá más constantemente el publicista católico. Ella es, en efecto, la carta magna de nuestro diálogo con el mundo. Con ella, como ella, debemos dirigirnos a todo el hombre y a todos los hombres. En *Gaudium et Spes*, la Iglesia se ocupa del hombre en tanto que éste constituye el mundo, dispone la ciudad terrestre para hacerla más próspera y más pacífica, en tanto que es miembro de una sociedad familiar, profesional, política, nacional o internacional. Tal es el objeto de nuestro diálogo que se dirigirá primero a todo el hombre; es una primera observación.

No me resisto a la alegría de citar el espléndido principio de la constitución: "Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de este tiempo, de los pobres sobre todo, y de todos aquellos que sufren, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los miembros del Pueblo de Dios, y no hay nada humano que no deba encontrar eco en el corazón de los discípulos de Cristo: . . . La Iglesia se siente —y es en verdad— íntimamente solidaria del género humano y de su historia . . . a todos, el Concilio quiere decirles cómo considera la presencia y la acción del Pueblo de Dios, es decir, de la Iglesia, en el mundo de este tiempo."

Citemos otras pocas líneas: "El Concilio, testigo y guía de la fe del Pueblo de Dios, no cree poder dar una prueba más grande de solidaridad, de respeto y de amor a la familia humana que hablando con ella de todos sus problemas, iluminándolos con la Luz del Evangelio y poniendo a disposición del género humano la potencia salvadora que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, tiene de su fundador. Es al hombre al que se trata de salvar, es la sociedad a la que hay que renovar. Es, pues, el hombre, pero el hombre todo entero —cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad— el que estará en el corazón de los desarrollos que van a seguir."

Ciertamente, la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo es un documento; su proclamación es un acto histórico. Pero ¿quién hará que este documento y esta doctrina se conviertan en movimiento y vida en la realidad cotidiana frente a situaciones sucesivas y diversas? ¿Movimiento y vida para todo este inmenso continente de América Latina? ¿Cómo serán comunicadas a los hombres esta doctrina, esta simpatía, esta solicitud de los jefes de la Iglesia y del Concilio? Ciertamente, ante todo por medio de todo el Pueblo de Dios, de cada uno de sus miembros, gracias al testimonio personal y a la acción militante. Pero también, y de una manera más universal y más permanente, por medio de la prensa y del periodista católicos.

Se nota, con toda claridad, en los pasajes aducidos estas fórmulas: hablar a los hombres de todos sus problemas, iluminar los problemas, poner a la disposición . . . Pero ¿cómo hacerlo, en nuestra civilización, en el mundo en que vivimos, a la medida misma de las necesidades, sino por los medios de difusión y muy particularmente por la prensa católica?

Día a día, semana tras semana, la prensa debe prolongar y aplicar la doctrina en las orientaciones que el Concilio nos ha dado. Debe conectarlas más y más con todos los acontecimientos de actualidad y con to-

dos los problemas reales y cotidianos de los hombres. Debe proyectar las luces de la fe sobre esos acontecimientos y esos problemas: una guerra, una reforma agraria, una huelga, una manifestación de estudiantes, etc. Sólo ella puede, por lo demás, hacerlo de una manera permanente y directa a medida que esos acontecimientos sobrevengan y se planteen esos problemas. Ahí está su función social. No hay que pedirle, por tanto, que haga sobre todo lo que, por naturaleza, deberán hacer el catecismo, la predicación, los sacramentos, etc.

Y esta es mi segunda observación: la prensa católica debe dirigirse a todos los hombres.

Por medio de *Gaudium et Spes*, el Vaticano II, contando con todas las tradiciones conciliares, se ha dirigido explícitamente a todos los hombres, no sólo a los católicos y a los bautizados, pero al hacerlo no ha endulzado en ningún momento el mensaje evangélico. En diversas ocasiones ha afirmado su voluntad de dialogar con todos los hombres sin excepción, en la línea misma de la primera encíclica de Paulo VI, *Ecclesiam suam*. Pero mientras que se dirige a todos los hombres, el Concilio espera, sin embargo, que sea ante todo escuchado y comprendido por los católicos. ¿Es posible, es ventajoso, llega a ser necesario que concibamos, que realicemos y que difundamos la prensa católica teniendo en cuenta también esta orientación? ¿Debemos hacer una prensa católica que se dirija a todos los hombres, que pueda interesar a todos los hombres y que, además, esté escrita en un lenguaje accesible a la mayor parte de los hombres? La prensa católica de amplia difusión, o la prensa católica de masa, digamos la palabra, debe también ser misionera. ¿No debería ser concebida como misionera si verdaderamente quiere ser el medio privilegiado de la Iglesia para dialogar con los que están lejos?

Si comparo el estado de la prensa católica de América Latina en 1959, en nuestro primer Congreso de Lima, y lo que es actualmente, en este tercer Congreso en 1966, compruebo con muy viva satisfacción que esta prensa está cada vez más a la escucha de los hombres; se pone cada vez más en su longitud de onda.

El Concilio alienta a los periodistas a proseguir por este camino. Los invita a extender su visión apostólica, a dilatar su postura misionera, y por ello mismo, a inventar lo que haría ese diálogo con todos los hombres más amplio, más directo y más fraternal, siguiendo las exigencias de la actualidad.

III.—COMO ENTRAR EN DIALOGO

Me resta decir cómo participar en el diálogo existencial de una sociedad, cómo mantener el diálogo de la Iglesia con el mundo de este tiempo: pues tal es la doble función de la prensa católica. Lo haré, sobre todo, en una perspectiva de opinión pública. Deberé ser breve. Señalaré algunas condiciones que enuncio así: realismo, lenguaje, relevo, continuidad.

REALISMO.—El diálogo y la opinión pública, para ser dinámicos, deben ser existenciales, es decir, descansar sobre situaciones reales de la existencia del hombre, sobre preocupaciones, inquietudes, aspiraciones de la hora y del mayor número. Lenin y Hitler, cada uno a su manera, detectaron y expresaron de una manera genial las verdaderas aspiraciones de sus conciudadanos. Así, Lenin, con la consigna "Tierra y Paz", hizo tomar conciencia a la mayor parte de los mujiks y soldados de los deseos que abrigaban: poseer

LA VOZ DE LOS HOMBRES, SU DINAMICA

la tierra que cultivaban para los grandes propietarios y poner fin a una guerra que ya no tenía ningún sentido para ellos. Hitler supo utilizar el resentimiento de los alemanes contra el Diktat de Versalles y la miseria consecutiva al desempleo.

Los que quieren ocuparse de opinión pública deberán estar siempre bien informados sobre la situación real, material y psicológica del medio sobre el que quieren obrar. De ahí la función primordial de la información en la formación de opinión pública. En una obra muy sugestiva titulada "Lutero y la opinión pública" el autor escribe esto: "Lutero sabía el valor que había que atribuir a los informes que se descubrían en los panfletos. Igual que los hombres políticos de los tiempos modernos, tenía a través de todas las regiones de Alemania una red de corresponsales; había organizado a su alrededor una verdadera oficina de prensa. Había atraído a Wittenberg a algunos de los libelistas más populares, a los que ponía a trabajar para él y junto a él. . . Leyendo sus obras, adivinaba qué problemas inquietaban la conciencia de los humildes. Llegaba a adherirse las conciencias de los titubeantes y a captar en provecho de su causa la energía de todos los que soportaban malamente el yugo y la tiranía romanas."

Lutero supo, pues, utilizar en provecho suyo, para sus fines de reforma religiosa, las aspiraciones y el descontento social, político, económico.

LENGUAJE.—Hay un contenido, pero hay también una estética del diálogo y de la opinión pública. Ahora bien: es aquí tal vez donde pecamos con mayor frecuencia en los medios de la prensa católica; tememos no decir todo con todos los matices requeridos. Hablamos siempre para el doctor en Teología de Salamanca y no para el hombre de la calle. Según el señor Domenach, director de la revista "Sprit", "el marxismo podría ser caracterizado por su poder de difusión. Es una filosofía capaz de propagarse entre las masas. . . Porque se apoya sobre una dialéctica que puede ser reducida a la extrema simplicidad sin ser sustancialmente deformada" (*La Propaganda Política*, pág. 21).

Hitler escribió en "Mein Kampf": "El nivel intelectual de una propaganda será tanto más bajo cuanto la masa de hombres a convencer sea más grande." Se ha señalado que los tiranos modernos han tenido el don de "primarizar" y han escrito su doctrina en un "lenguaje de masa".

Nosotros no podemos tratar de recurrir a medidas que traicionan una doctrina, violan las conciencias, despersonalizan a los hombres. Pero de estas experiencias intempestivas podemos desprender las leyes del diálogo con una colectividad en cuanto colectividad. Ahora bien: esta primera ley consiste en expresar en fórmulas sencillas los puntos claramente definidos. Un acierto: la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Es sencilla, clara, precisa; se apega a la realidad del momento. Pero ¿para qué buscar en la historia profana un ejemplo cuando las Bienaventuranzas o el Credo nos proporcionan modelos tan perfectos?

Pero ¿sabemos traducir la espera de los hombres en un lenguaje asimilable por el pueblo y darle una forma estética que corresponda a las necesidades reales de los hombres, una forma que sea a la vez fiel, inteligente y explosiva?

RELEVO.—Los medios de comunicación social sólo tienen eficacia real para la formación de una auténtica opinión pública si su influencia repercute y es sostenida

y prolongada por otros medios: por ejemplo, Movimientos, pero, sobre todo, personas. El sociólogo francés Alfred Sauvy estima que la opinión pública en Francia está hecha por 40.000 personas solamente. Por tanto, si la prensa católica de mi país entrara en diálogo, de una manera o de otra, con esas 40.000 personas, tendría influencia sobre toda la opinión pública.

Desde este punto de vista, hay que prestar en nuestros medios católicos una particular atención a una teoría nueva, relativa a la formación de la opinión pública por medio de la influencia personal. La teoría es llamada en inglés "Two steps flow", es decir, una corriente de comunicación en dos grados o en dos esclusas: esa corriente va primero de los medios de información a los jefes de fila de la opinión, y luego, de esos jefes de fila al gran público. La conclusión que hay que sacar de esto para la Iglesia es que sólo tendrá influencia sobre la opinión pública si habla a los responsables y a los conductores de esos medios. Ahora bien: ¿a quiénes llegamos en nuestro continente de América Latina por medio de la prensa católica y también en otras partes? ¿A los jóvenes activistas de las Universidades? ¿A los jóvenes de los movimientos sindicales, obreros o agrícolas, etc.? Porque son miembros informados y activos que ejercen, y sólo ellos, influencia sobre el grupo.

CONTINUIDAD.—En fin, una última observación muy breve: Es necesario un diálogo continuo, perseverante, para influenciar a la opinión pública. Golpes dispersos no la conmueven y, sobre todo, no la forman. Las acciones relampagueantes son útiles, pero sólo es eficaz una acción permanente de educación y de influencias múltiples y convergentes.

CONCLUSION.—Mi conclusión será muy breve. No basta decir cosas verdaderas y nobles para que el público las conozca y se adhiera a su sentimiento. Hay que estar en la longitud de onda de ese público y hay que hablarle la lengua que comprende.

No querría yo dar más que una sola prueba: la repercusión en la opinión pública de la encíclica *Pacem in terris*. Desde el principio de este siglo hasta Juan XXIII, los Papas publicaron 15 encíclicas sobre la paz. . . Fueron, para un pequeño círculo y en lenguaje convencional, unas más admirables que otras. Pero sólo *Pacem in terris* conmovió a la opinión pública. Por ella, al fin, se hizo manifiesto —no solamente para una cierta élite, sino también en las amplias capas populares— que la Iglesia estaba por la paz, que pertenecía al campo de la paz. La voz de Juan XXIII no ha terminado de resonar en el mundo.

No basta tener razón; es preciso además que la opinión pública sepa y acepte que tienen ustedes razón. Así como una sola encíclica, *Pacem in terris*, preparada ciertamente por todos los demás documentos pontificios, dijo al fin a los hombres, a propósito de la paz, lo que querían oír, en la lengua que podían entender. Es un modelo para el diálogo de la Iglesia, del periodista y de la prensa católicos con el mundo. Sólo una palabra verdadera, dinámica y libre será escuchada, será recibida por los hombres de nuestra generación.

Tal es nuestra responsabilidad y tal es nuestra función en la Iglesia y en el mundo: decir en el tiempo y aplicar a los problemas de nuestro tiempo las palabras de vida eterna. Así, la voz del hombre es el eco de la voz de Dios.

Y SU LIBERTAD

Dr. Emilio Gabel